

Toponimias de la Justicia

Debajo del lugar donde balearon y secuestraron a Rodolfo Walsh el 24 de marzo de 1977, en las avenidas San Juan y Entre Ríos, la estación de subte lleva el nombre del prócer, gracias a la lucha del mismo sindicato que pulseó contra el neoliberalismo en los túneles. El 14 de marzo un neón azul y blanco abrió paso en esta victoria de los símbolos a la próxima estación.

Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia parece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas. Esta vez es posible que se quiebre el círculo...

Rodolfo Walsh, ¿Quién mató a Rosendo?

“¿Esta línea me deja en la estación Rodolfo Walsh?”, pregunté.

El empleado de Metrovías levantó la vista de sus sms sorprendido, “Sí”, sonrió, “pasá, compañero”.

Sucedió hace un par de semanas en la estación Plaza de los Virreyes, cabecera final de la línea E del subte porteño y mi pregunta fingidamente ingenua a quien reconocí de otras luchas de los Metrodelegados buscaba en el guiño mutuo una modesta celebración.

Lo que surgió en 2011 como una intervención político cultural, casi como un acto de guerrilla de la comunicación cocinado dentro del la Asociación Gremial de Trabajadores del Subte y el Premetro, más conocida como Sindicato del Subte, finalmente se aprobó como Ley en la legislatura de la Ciudad de Buenos Aires en marzo de 2013 pero debió esperar casi un año para que las autoridades macristas la

aplicaran y pusieran los letreros oficiales que dicen Estación Entre Ríos - Rodolfo Walsh.

Como todas las conquistas populares simbólicas o materiales, hay una intimidad de la historia, algo que se cuenta en reuniones chicas, que se rememora en chistes y anécdotas entre compañeros. Por ejemplo: Virginia dice que fue ella y yo le creo. Fue ella la que le dijo a Beto por celular que la estación que está debajo del cruce de las avenidas San Juan y Entre Ríos debía llevar ese nombre y que Pipi fue el que se encargó de organizarlo, “después dijeron que había sido idea de ellos dos, pero eso no lo pongas”, me dice riendo.

A Virginia Bouvet, ayer delegada de la línea E y hoy secretaria de organización del Sindicato del Subte le brillaban los ojos cuando le dije que el libro que escribió hace varios años sobre el nacimiento de los Metrodelegados y las primeras luchas luego del garrote de la privatización, es un relato de No Ficción que pareciera inspirarse en Walsh. Efectivamente *Un Fantasma Recorre El Subte* se lee como una novela y es a la vez un manual práctico de historia para los trabajadores que se organizan por sus derechos.

Le cuento a Virginia mi parte: a mediados de mayo de 2011 mi celular sonó con una llamada de Beto, nos encontramos a la noche en un bar de San Cristóbal. “Queremos hacer esto, necesitamos organizarlo con artistas, que sea una acción cultural, vos sabés quiénes pueden

participar, arreglá con Pipi”. El pedido de Beto era organizar un operativo de renombramiento de la estación Entre Ríos por Rodolfo Walsh para el día del periodista, 7 de junio.

Roberto Beto Pianelli probablemente es el protagonista del libro de Virginia, junto a un grupo de laburantes que comenzó la difícil tarea de reconstruir los lazos de compañerismo devastados por la era menemista e impulsó una construcción sindical de base que logró revertir condiciones laborales a contramano del neoliberalismo reinante en los túneles a principios de los 2000: el fin de los despidos y la reconquista de la jornada laboral de 6 hs, refrendada luego de un duro paro en un recordado encuentro de los Metrodelegados con Alberto Fernández en el que irrumpió el pícaro Néstor Kirchner.

El encuentro con Néstor Kirchner es recordado también en los chistes, dicen que el primero que saltó de la silla al verlo entrar fue el delegado Charly Pérez, del Partido Obrero, “mucho gusto señor Presidente”.

Hoy Beto Pianelli es el secretario general del Sindicato del Subte que aún espera la personería que en los hechos la UTA ya perdió hace muchos años. También es un gran lector y melómano, callejero y viajante. La figura de Walsh no le es lejana.

La cosa es que Beto me pide que hable con Pipi, a quien yo no conocía. Unos días después hicimos una reunión con Pipi en el local del



sindicato, yo había invitado a las compañeras del Grupo de Arte Callejero y de H.I.J.O.S Capital, se terminó de definir la intervención que empezaría a cambiarle el nombre a la estación de subte que está debajo del lugar donde hirieron de muerte y secuestraron a Rodolfo Walsh el 24 de marzo de 1977.

Miguel Pipi González es el secretario de derechos humanos del Sindicato del Subte, desde que tomó esa responsabilidad no paró de aprender y crecer, acompañando los juicios contra el terrorismo de estado y las iniciativas de los organismos en su lucha por Memoria, Verdad y Justicia.

El 7 de junio de 2011 una intervención relámpago fijó el rostro de Walsh en las escaleras, integrantes de H.I.J.O.S. hicieron los nomencladores de los andenes. Un acto en el hall de la estación con la presencia de varios medios presentó la iniciativa. Al día siguiente la empresa Metrovías había hecho remover todas las piezas gráficas instaladas, pero el tren ya estaba en marcha.

El segundo episodio tuvo otro marco y fue el inicio del recambio definitivo: en el acto del 15 de junio de 2012, junto a los trabajadores del subte y los de prensa, estaban Patricia Walsh, Lilia Ferreyra, Osvaldo Bayer y los legisladores que presentaron el proyecto de ley de recambio, Gabriela Cerruti y Fabio Basteiro.

Los nomencladores fueron reemplazados nuevamente, esta vez por propia mano de Os-

valdo Bayer, las paredes y carteleras fueron intervenidas con imágenes del GAC, Iconoclastas, Ardel, Alejandro Fridman y Rep. El 21 de marzo de 2013 la legislatura porteña aprobó el cambio de nombre de la estación y el 24 de marzo de 2014 se reemplazaron oficialmente los carteles, 37 años después del secuestro y desaparición de Rodolfo Walsh.

Topos y toponimias

“Los ‘kilómetros’, que en la jerga de la empresa reemplazaron la toponimia nativa, van descubriendo una sucesión de tristezas y abandonos. Jirones de cables cuelgan de los postes telefónicos; guinches inútiles se recortan como patíbulo sobre la soledad de los terraplenes. En el monte bajo y seco, que albergó un quebracho al lado de otro, se evoca la memoria del árbol extinguido”.

Rodolfo Walsh, *Las ciudades fantasmas*, en *El violento oficio de escribir*.

Cuando la descubrí me pareció graciosa esta coincidencia: el topo, ese mamífero dientado que cava túneles, se ha utilizado desde hace décadas para representar a los trabajadores del subterráneo. De topos (lugar) y ónimo (nombre) la toponimia es la disciplina que estudia la etimología del nombre de los lugares. La cita de R.W. terminó de darme una clave. Al igual que las estaciones llama-

das “kilómetro” en el medio de la pampa o el monte, Entre Ríos no refería a nada más que a una provincia, a la evocación de un falso federalismo presente en las toponimias de las avenidas porteñas.

Interrogué a Beto Pianelli sobre la importancia y esfuerzo que le otorga a estas cuestiones simbólicas, cuando la pelea por el salario o las condiciones laborales le da un respiro: “Para mí más importante que las reivindicaciones es la lucha por los símbolos. Nuestra pelea es por la cabeza, no por si en vez de un kilo compras dos kilos de pan. La pelea por el pan es importante, no voy a decir que no. ¿Laburar poco y ganar bien sólo para comprarte plasma de 40 pulgadas?, después vas a querer el de 50 porque es el más nuevo, ¿para llegar a tu casa a ver los culos de Tinelli?, no tiene sentido. Si hacés todo esto es justamente para que los trabajadores puedan liberarse de la enajenación laboral, para que puedan desarrollarse, poder elegir, disfrutar.”

Ayer me encontré en el subte con el compañero boletero, le conté de esta nota y que contaría el cruce de semanas atrás.

“¿Vas a trabajar?”, le pregunté.

“Sí, estoy llegando tarde, me van a joder”, contestó.

“¿En Plaza de los Virreyes?”

“No, en estación Plaza Tupac Amaru”, dijo guiñando mientras me bajaba.